

del pueblo han hecho todo lo que permitian sus poderes cuando han decretado que se nombrase una Convencion nacional para deliberar sobre la cuestion de la destitucion. Entre tanto, la Asamblea no ha podido hacer otra cosa que pronunciar la suspension. Esta medida debe bastar al pueblo para asegurarle contra las traiciones del poder ejecutivo. ¿La suspension no reduce al rey á la imposibilidad de obrar? Yo espero que esta explicacion satisfará al pueblo, y que conocerá y sentirá la verdad.»

Las tribunas y los peticionarios escucharon con frialdad estas palabras. El diputado Choudieu hizo que se votase lo urgente que era la formacion de un campamento á las inmediaciones de Paris, y que la Asamblea se declarase en sesion permanente. En seguida se procedió al nombramiento de ministros.

Roland, Claviere y Servan, aquellos tres ministros girondinos depuestos por el rey, fueron repuestos sin más votacion que una simple proposicion de Brissot. Su nombramiento fué una satisfaccion del agravio que se les habia hecho anteriormente. Danton fué nombrado ministro de Justicia; Monge, de Marina; Lebrun, de Negocios extranjeros, y Grouvelle, secretario del Consejo de ministros. Monge era un matemático ilustre, Lebrun un hombre versado en la diplomacia, y Grouvelle un letrado subalterno y ambicioso. A las nueve de la noche se constituyó el gobierno. Los girondinos dominaban en él por Roland, Claviere, Servan y Lebrun; el ayuntamiento no tenia en el gabinete sino á Danton para contrarestar la influencia de la Gironda.

Apénas Danton fué nombrado ministro, cuando corrió al Consejo de la casa de la ciudad para rendir homenaje á sus cómplices por haberle elevado á un poder que acababa de conquistar para ellos. «Una bala de cañon me ha hecho subir al ministerio,—dijo á sus confidentes;—quiero que la revolucion éntre conmigo en el poder; ella constituye mi fuerza, y pereceré si la abandono.» En seguida nombró á Fabre d'Eglantine y á Camilo Desmoulins para las dos plazas más importantes de su ministerio. El primero era el satélite complaciente de sus ideas; el segundo, cortesano de su fuerza.

La Asamblea hizo redactar un extracto de los decretos de aquel dia, y envió una porcion de comisionados que los publicasen por todas las calles de Paris, acompañados de multitud de hombres con hachones.

III

El cielo estaba sereno; el ambiente de la noche y la emocion febril de los acontecimientos del dia convidaban á los habitantes á salir de sus moradas á respirar el fresco, tan agradable á aquellas horas en el verano. La curiosidad de saber lo que pasaba en la Asamblea y la de visitar el campo de batalla de aquella mañana, llevaban instintivamente hácia los diques, hácia los Campos Eliseos y hácia las Tullerías á los ociosos, á los jóvenes y á las mujeres de los barrios extraviados de la capital. Largas columnas de habitantes pacíficos recorrían los paseos ó estaban sentados bajo los árboles de las Tullerías, de que se hallaba ya posesionado el pueblo. Las llamas y el humo de los muebles devorados por el incendio en los patios salían por cima de los tejados de palacio é iluminaban las dos orillas del Sena. Las casas inmediatas á palacio por la parte del pabellon de Flora, en un radio de

mil quinientas toesas, cercado por los bomberos y zapadores, lanzaban llamas por cima de la galería del Louvre y amenazaban á cada instante abrasar el devastado palacio. El fuego, que reflejaba en el Sena entre el Puente Nuevo y el de Luis XVI, daba á las aguas el aspecto de un rio de sangre. Várias camillas conducidas por dependientes del ayuntamiento recogían en los Campos Eliseos, en la plaza de Luis XV, en el jardin y en los patios los cuatro mil cadáveres de los suizos, marseleses y federados que señalaban hacinados los parajes en que el combate habia sido más encarnizado. Las mujeres, adornadas como para un dia de fiesta, no temian aproximarse á estas camillas para contemplar los restos de la carnicería. Este pueblo, cuya tristeza no dura nunca un dia, se agitaba en medio de las conversaciones ordinarias en los parajes públicos. Los teatros estaban abiertos, y los espectadores se apiñaban á sus puertas, como si la caída de un imperio no hubiese sido para la ciudad sino un espectáculo dado ya al olvido.

Los marseleses, los de Brest y las masas de los arrabales se replegaron á sus cuarteles y á sus casas, despues de haberles costado la jornada más de tres mil seiscientos hombres; tributo desinteresado ofrecido á la revolucion, cuyo fruto debia ser recogido por sus hijos.

Estos soldados y este pueblo no habian combatido por el poder, y aún ménos por sus despojos. Rendidos de tanto trabajar y con las manos vacías, se volvieron á sus talleres á proseguir sus faenas. Trabajadores de la libertad, le habian dedicado un dia; combatieron por ella sin comprenderla, indiferentes á la fortuna del poder, á la monarquía y á la república, é incapaces de definir las palabras selladas con su sangre, pero impulsados como por un presentimiento divino á conquistar otros nuevos destinos á la humanidad. La clase media combatió en beneficio propio; el pueblo, únicamente por las ideas. Cosa extraña, pero cierta: los matices de estas dos clases eran tan marcados, que nadie pudo desconocerlos en los diversos accidentes de aquellas jornadas.

La guardia nacional, compuesta de la clase media, mezcla confusa de los partidos de Lafayette, de los girondinos y de Petion, no habia sabido impedir, obrar, atacar, ni defender. Temiendo por un lado la victoria del pueblo, deseosa por otro del triunfo de la corte y de la aristocracia, no habia tomado partido sino por sí misma. Reunida con trabajo, indecisa en sus movimientos, rehusando dar su iniciativa á la república y su apoyo al rey, habia permanecido arma al brazo entre el palacio y los arrabales, sin prevenir el choque ni decidir la victoria, y pasando despues cobardemente al lado del vencedor, no hizo fuego sino sobre los fugitivos.

Ahora se volvia humillada y consternada á sus tiendas y á sus escritorios. Justamente habia perdido ya su influencia sobre el pueblo. Ella no debia ser en adelante sino la fuerza de parada de la revolucion, destinada á asistir á todos sus actos, á todas sus fiestas y á todos sus crímenes; decoracion viva y vana á las órdenes de todos los tramoyistas de la república.

Desde el oscurecer del 10 de Agosto, la guardia nacional habia desaparecido. Las picas y los harapos habian reemplazado á las bayonetas y á los uniformes cívicos en los puestos y en las patrullas que se establecieron de nuevo ó pululaban por Paris. Los marseleses y los federados daban sólo algun aparato marcial á estos destacamentos del pueblo armado. Santerre, afectando en su exterior la

sencillez cínica de un general de los arrabales para contrastar con el lujo militar de Lafayette, recorrió París montado en un caballo negro más á propósito para el trabajo que para caballo de batalla. Dos ó tres jornaleros de su cervecería le acompañaban, sirviéndole de ayudantes de campo, en lugar del brillante estado mayor de aquellos jóvenes oficiales de la aristocracia ó del comercio con que el general del Campo de Marte se habia presentado siempre. El sombrero aplastado de Santerre, sus charreteras ennegrecidas, su sable con vaina de latón, su uniforme raído y desabrochado, su pecho desnudo y su facha trivial, lisonjeaba á la multitud. Esta veía en Santerre un igual suyo. Westermann, con una actitud más militar, visitó los puestos de los federados y marseleses acompañado de Fournier el Americano, de Barbaroux y de Rebecqui.

Los agentes del ayuntamiento de París, obligados á hacer desaparecer las manchas de sangre y los cadáveres de las víctimas por temor de que su aspecto encendiese de nuevo al otro día la ira del pueblo, y de que se perpetrasen los asesinatos que se querían evitar, habían enviado escuadras de presidiarios al Carrousel para limpiar el campo de batalla. Hacia la medianoche, estos hombres encendieron inmensas hogueras con el maderamen incendiado, con las camas de los suizos del palacio de Brionne y con los muebles de las Tullerías. Allí arrojaron los centenares de cadáveres que yacían en el Carrousel, en los patios, en el vestíbulo y en las habitaciones. Reunidos en silencio alrededor de las hogueras estos barrenadores de sangre, alimentaban el fuego arrojando á él nuevos destrozos y nuevos cadáveres. Las llamas lúgubres, reverberándose en las paredes y alumbrando á través de los cristales rotos el interior del palacio, fueron la última iluminación de aquella noche. Al amanecer, suizos y marseleses, realistas y republicanos, nobles y pueblo, todo se habia consumido. Se habia lavado el suelo y arrojado las cenizas al Sena. Todo lo habia devorado la noche, el agua y el fuego. La ciudad volvió á su curso ordinario, sin apercibirse otras trazas de la catástrofe de la monarquía que un palacio desierto, unas puertas sin guardias, unas ventanas demanteladas, y las huellas de la metralla en las antiguas paredes de las Tullerías.

IV

La Asamblea suspendió la sesión á la una de la madrugada. La familia real habia permanecido hasta entónces en la tribuna del logógrafo. Dios sólo puede medir la duración de aquellas catorce horas en las almas del rey, de la reina, de madama Isabel y de los príncipes. Lo inesperado de la caída, la incertidumbre, las vicisitudes del temor y de la esperanza, la batalla que se daba á las puertas de la Asamblea para decidir de su suerte sin que ellos vieses siquiera á los contendientes, los cañonazos, las descargas de fusilería que resonaban en sus corazones, alejándose, aproximándose y volviéndose á alejar de nuevo como la esperanza que juega con el moribundo; la idea del peligro de sus amigos abandonados en palacio, el sombrío porvenir que á cada instante se abría delante de ellos sin que divisasen su término, la imposibilidad de obrar y de moverse en momentos en que todos los pensamientos conducen al hombre á la agitación, el tormento de no poder hablar entre sí, la actitud impasible que el cuidado de su decoro les imponía, el temor, la alegría, la desesperación, el enternecimiento, y por último suplicio, las miradas de sus enemigos fijas constantemente en ellos para sorprender su crimen



Los despojos de las Tullerías llevados á la mesa de la presidencia —Pág. 7.

L. CRÉPON . DEL.

en una emoción, ó gozándose en sus angustias, todo esto hizo de aquellas horas eternas la agonía del trono. La caída fué

larga, profunda, terrible, desde el solio al cadalso. En ninguna parte fué más sentida que allí. El primer golpe es el que destroza; los demás sólo matan.

Si se añade á estas torturas del alma los tormentos del cuerpo de esta desgraciada familia, arrojada despues de una noche de insomnio á una especie de calabozo; el ambiente ardoroso producido por una reunión de tres ó cuatro mil personas apiñándose á la entrada de la tribuna ó interceptando el paso en los corredores, la sed, la sofocación, el sudor copioso y la ternura recíproca de los miembros de esta familia, de la que cada individuo sufría más por los otros que por sí mismo, se comprenderá que esta jornada debió ser bastante por sí sola para saciar una venganza de catorce siglos.

A excepción del acceso maquinal y espasmódico de apetito que el rey habia satisfecho al principio de la sesión, las personas de la familia real no tomaron ninguna clase de alimento durante este día y parte de su noche. Hasta los niños se olvidaron de comer. La piedad atenta de algunos diputados y de los inspectores del salón les enviaba de cuándo en cuándo algunas frutas y vasos de agua de nieve para que apagasen la sed. La reina y su hermana no hacían más que mojarse los labios, y parecia que no se ocupaban más que del rey.

Este príncipe, puesto en la delantera de la tribuna como un hombre que asiste á un gran espectáculo, parecía que ya se habia familiarizado con su situacion. Hacía reflexiones juiciosas y desinteresadas sobre las circunstancias, sobre las proposiciones y sobre las votaciones, cosas todas ellas que probaban un completo desprendimiento de sí mismo. Hablaba de sí como de un rey que hubiese vivido mil años ántes, y juzgaba los actos del pueblo con respecto á él como si hubiese estado juzgando los de Cromwell y los del Parlamento largo con Carlos I. La potencia de resignacion que poseia le daba la de la impassibilidad bajo el hierro del partido que le sacrificaba. Dirigia con frecuencia la palabra á media voz á los diputados que estaban más próximos á él y que conocia, entre otros á Calon, inspector de la sala, á Coustard y á Vergniaud. Oyó sin inmutarse las invectivas dirigidas contra él y el decreto de su suspension. Ni siquiera movió la cabeza al oír que la corona se habia desprendido para siempre de sus sienes, y hasta se notó cierta alegría secreta en sus facciones en medio de la gravedad y la tristeza de aquel momento supremo. Respiraba con fuerza, como si un gran peso gravitase sobre su alma. El imperio era para él más bien un deber que un orgullo, y destronándole se le libraba de él.

Madama Isabel, insensible á la catástrofe política, no trataba más que de difundir un poco de serenidad en aquella sombra. La triste expresion de su sonrisa y el profundo afecto que brillaba en sus ojos á través de sus lágrimas, abrian al rey y á la reina un rincón de cielo interior, donde descansaban sus miradas confidencialmente de tanta turbacion. Sólo un alma que ama, un solo acento que compadece, compensan la injuria y el odio de todo un pueblo: ella era la piedad visible y presente al lado del suplicio.

La reina se habia sostenido al principio con la esperanza de la derrota de la insurreccion. Conmovida como un héroe al oír el estampido del cañon, intrépida contra las vociferaciones de los peticionarios y de las tribunas, su mirada los despreciaba y su labio altivo los desdeñaba, dirigiendo sin cesar miradas de inteligencia hácia los oficiales de su guardia que ocupaban el interior de la tribuna y del corredor, para preguntarles noticias de palacio, de los suizos, de las fuerzas que les quedaban, de la situacion de las personas queridas que habia dejado en las Tullerías, y sobre todo, de su amiga la princesa de Lamballe. Habia oído, temblando de indignacion pero sin cambiar de color, el asesinato de Suleau en el patio de los Fuldenses, los gritos de rabia de los asesinos, las descargas de los batallones á las puertas de la Asamblea, y los asaltos tumultuosos del pueblo para forzar la entrada del corredor y venir á degollarla. Miétras habia durado el combate, estuvo continuamente agitada y llena de ánsia y de sobresalto; á los últimos cañonazos, á los gritos de victoria del pueblo, al ver sus gavetas, sus alhajas, sus carteras y sus secretos expuestos y profanados ante sus ojos como los despojos de su persona y de su corazon, habia caído en un abatimiento inmóvil, pero siempre fiero. Ella devoraba su derrota, pero no la aceptaba como el rey. Su rango se habia identificado con ella de tal suerte, que quitárselo era matarla. El decreto de suspension pronunciado por Vergniaud habia sido un rayo para ella: cerró un momento los ojos, pareciendo que se recogia en su humillacion, mas en seguida el orgullo del infortunio resplandeció en su frente como una nueva diadema. Recogió todas sus fuerzas para hacerse superior por el desprecio á los golpes de sus enemigos; ella no los sintió sino por los demas.

Cincuenta hombres escogidos y fieles habian penetrado con el rey en aquel recinto, formando una guardia cerca de la familia real en el corredor inmediato á la puerta del logógrafo. Los ministros, algunos oficiales generales, el príncipe de Poix, Mr. de Choiseul, Mr. de Aubiers, Mr. de Maillardoz, Mr. de Aubigny, Mr. de Viomenil, Carl, comandante de la gendarmería, y algunos criados particulares del rey, estaban allí en pié, atentos á sus órdenes, prontos á morir y á formar con sus cuerpos el último parapeto si el pueblo conseguia invadir los corredores de la sala. Estos generosos confidentes de las angustias de la familia real le comunicaban en voz baja lo que pasaba en lo exterior. El uniforme de la guardia nacional y del ejército que algunos de ellos vestian les permitia circular por las cercanías de la Asamblea y relatar luégo á sus dueños los acontecimientos de la jornada.

Hácia las seis de la tarde, los antiguos ministros, depuestos ya oficialmente, se despidieron con tristeza del rey y se retiraron para ir á entregar sus carteras y comparecer al otro dia al tribunal de Orleans. Un poco despues, Maillardoz, jefe de los suizos, llamado por los comisionados del ayuntamiento, fué preso en la Abadía. Aubigny, habiéndose mezclado á los grupos que derribaban las estatuas de los reyes en la plaza de Luis XV, y habiendo expresado su indignacion por este hecho con algunos ademanes, fué inmolado bajo el monumento cuya profanacion deploraba. Mr. de Choiseul estuvo dos veces á riesgo de perder la vida al salir para reunir los suizos, y sin embargo, volvió para defender al rey con su espada. Un momento despues se oyó un gran estrépito en las puertas; el rey volvió la cabeza y preguntó con inquietud la causa de este tumulto. Carl, comandante de la gendarmería de Paris, salió fuera y no volvió. El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos. Cada órden suya traia la desgracia á sus amigos; la carnicería los diezmaba alrededor de ellos, y la muerte descargaba sus golpes cada vez más cerca.

¡Cuántos corazones que latian por ellos á la mañana, estaban helados por la tarde! La oscuridad del sitio, los resplandores del incendio de las Tullerías que reflejaban en las ventanas y en las paredes del Picadero, la agitacion de una sesion tan prolongada, y la noche siempre más cruel que el dia, los sumia en los más sombríos pensamientos. El silencio de los sepulcros reinaba hácia algunas horas en la tribuna del logógrafo. No se oía más que el ruido de las plumas de los redactores al deslizarse sobre el papel, escribiendo instante por instante las palabras, los ademanes y las emociones del salon. La luz opaca de las velas que alumbraban la mesa dejaba ver al joven Delfin acostado en la falda de la reina, y durmiendo al ruido de los decretos que le quitaban el imperio y la vida.

V

A la una de la noche, los inspectores del salon fueron por el rey y su familia para conducirlos al aposento que se les habia preparado de prisa desde la promulgacion del decreto de suspension. Unos comisionados de la Asamblea y el destacamento de la guardia nacional que vigilaba desde por la mañana por su seguridad los escoltaron. Un oficial de la casa del rey tomó al Delfin de manos de la reina, y le llevó dormido en sus brazos detras de ella.

Aquel alojamiento, más parecido á una celda ó á una prision que á un palacio,